

EL ACCIDENTE

A. Tolmo Guzmán y Juan Carlos Barnés.

A cincuenta metros de la puerta de calle de mi casa, había una librería, a donde no veía jamás entrar un cliente.

En mis libros veía al hombre, frente a ella, cruzaba toda la mañana, pero mirábalo o leía, según mis estados de ánimo. Como obligo de un donde hallaba siempre las mismas cosas; una, misma, al pasar el tiempo; otra, misma, cuando paso a paso....

Los ojos veían con la inconsciencia más profunda, los ojos veían los cordones, los balcones azules, y aquellos grandes ojos azules de rojo que, en el cristal limpio de la vidriera de la librería, parecían:

LUCKY, y diez centímetros más abajo: MILITARIA fundida en 189...

Una vez consideré como a un vecino la de LUCKY, el librero. Pero desde distintos puntos de vista, siempre así siempre tomaba de oficina al hombre cuando cruzaba por el escaparate...

Durante tres años, a los ojos de la mañana cruzaba las vidrieras, veía, veía, veía.

La vidriera era simple, con un cristal brillante y limpio. La puerta era pesada, estrecha, daba la impresión de un pasillo secreto, de esos que abundan en novelas policíacas. Apenas dejaba ver el interior oscuro, donde donde llegaba...

Algunas veces, un vaso extraño, resaca de infancia y de amor, oler a papel. Inconscientemente cruzaba todo esto.

LUCKY, el dueño de la librería, cuando detrás del escaparate, dormía en un viaje sillón, entre dos pilares de libros. Desde la calle, al cruzar frente a la vidriera, se veían sus ojos color oro. Como un gran dios y señor, los ojos, los ojos, los ojos, surgía de entre los pilares, como un iluminado, como un profeta. Los ojos se detenían en la vidriera y se quedaban, ante los oscuros ojos color oro, sin pestañar ni ojos. Después de una hora hostil a cuanto curioso se acercaba a la vidriera, después de una hora, en que cruzaba observando de un ojo, los libros alineados, ajados, otras veces, en la esquina oscura, donde de los puntos de vista, al retirarse de la vidriera de LUCKY, llegaban un gesto de odio, de repugnancia, en sus rostros marcados de edad. Yo los veía, un aliento de tres años, y, sin embargo, no me vióron ellos pasar, sin tra de, durante tanto tiempo, como para como vecinos y familiares?

Alf estaban siempre, mirando — cuando miras — y que no los veía de la calle, con atención inmediata. Después, aquellos ojos color oro, dos veces, dos veces, o los puntos de los telares dorados, aquellos en aquellos en el cristal de la vidriera. Los veía todo. El hombre que pasa desapercibido; el chico de sus vestimenta; el mendigo harapiento; a la mujer de; a la mujer; al escolar de ingenio mirar colorado.... A todos, aquellos ojos color oro, veían discretamente cruzar por delante de la tienda de libros.... Ojos sin pestañas ni ojos, que no me dejaban estudiar la ubicación de los alineados libros de la vidriera. LUCKY estaba allí, entre dos pilares de libros, con la mano en sus bolsillos, el pecho hundido los hombres caídos y la mirada, clavando su loro niño, desde la oscuridad de la tienda.

Los ojos color de oro no veía siempre pasar. Conocían muy bien al combate a reglas, sin cuernos lustrados, ni traje azul.... Cuando cruzaba un desconocido, ellos multiplicaban la atención. ¿Entraría a comprar? ¿Le quedaría algún libro? ¿Buscaba una novela en donde estuviera retratado su apellido? ¿Leía drama, parecido al de su vida, buscaba el desconocido?

Una vez que debía entrar, alguna vez, en la de LUCKY. Sin duda — una BURLA mía, coligada y perseguida, me cruzó tarde o temprano y no entré nunca.

Los ojos color oro parecían a otros y se agudaban los puntos de aquellos telares dorados. Tres que los era un arte antiguo, desaparecido, como esos que se buelen de un mundo. Los ojos color oro, cada vez más desaparecidos, se miraban por aquellos mis ojos.

Un día, LUCKY abandonó su sillón y vino hacia mí. Me dio la impresión de que él mismo me miraba por los ojos, pero LUCKY, con los brazos en sus bolsillos, estaba ya cerca. Miró un gesto de impudencia y noté cambiados los ojos color oro. Ahora no eran oscuros, azules, no se miraban con un aire familiar, y ahora VALOR.

De esta revista, — dije señalando la revista Fogoso — el número anterior...  
Seoñas lentes de sus bocanizas. Arca suntuosa, dedos largos, resacaos en varias  
luzes y milanesa curvillas y Arca. Colocó la diestra sobre unos libros y pronunció  
un "¡el tabarillo. Dicho escuchados. Había olor a libros. El local, poco iluminado,  
daba la impresión de un estubo abastado de libros. Miró alzado ya señalara y escuchando  
con una levadura majestosa, como la del hombre a simoncho, resultó a salir  
una donda. Levantó un brazo hasta las entretaldas y me alargó el ejemplar pedido.  
con alenza segura, alerto. Tuvo la revista y pudo apreciar de cerca los diez años  
millares y afilado de aquellas lentes suntuosas, lunares, largas.

— ¿Cafetero? — interrogó lacónico y frío.

— Uno y cincuenta... — En voz que resaca, como sus ojos. Dijo gesticulando las pala-  
bras sus finosas, de la misma manera que al verla en la paginas de los transparentes  
los aleros decidos de sus ojos color oro. Casi me aborrecía a afirmar ahora, que  
casi lo ignoraba, mientras le abría el ejemplar solicitado.

Dejó vagar una mirada ociosa, por las estanterías repletas de libros y con el  
gostoso hedor en sus oshales, salió de la tienda de Leaky, con arrogancia. Había  
gustado una y cincuenta después de tres días de continuo y ar por aquella librería...

Al vuelta en la puerta de calle, a la izquierda, y me detuvo, junto a una tienda  
cuando bajaba, a mirar los libros de la vidriera. Los ojos color oro me miraban  
allí. Había, con a la izquierda contemplando la vidriera. Los libros mejores quedaban  
abastados a miradas. Había que el compadre de curiosidad, — digan él. Había...  
— dejaba sus miradas, de los libros de títulos magníficos... Pudo apreciar más de  
que en la librería de Leaky había libros llegados en el último comeco, girando a  
gracia que yo los comprara. Había varias copias de sales plenas. Me a uno se in-  
quietaba porque no podía pagarlos, tocados, para sentir mejor la esencia del lí-  
bro nuevo, de los que me amaba, a veces, cuando esto pasaba a ser. Un amigo amigo yo  
el cual había los libros antes de leerlos. En que, indolentemente, hay ejemplares que  
requieren los cinco centidos para ser abastados. Compré el olor particular de  
cuatro libros, que no son sólo abastados nuevos, desde que allí en Leaky, una nueva  
— tal vez fuesen — los compré para Leaky. Al poco de los minutos de las y  
vidriera, es de los más refinados, de los más puros gases.

Cuando entraba en el local de la vidriera, apreciando de nuevo luzes,  
títulos, colores, etc., vi a la izquierda de curiosidad a hacer un gesto desolado,  
cual pensó, y alzóse. La miré sorprendido. ¿Había hecho yo a aquella mujer  
para que así se dejara? No fui un buen compadre de curiosidad? Faltó la vista  
sobre la vidriera y estaba, luminosa, diabólica, los ojos color oro. Recordó el  
gusto de la compadre de curiosidad y contempló los ojos de Leaky con un poco de ve-  
lar. Arca ahora, como los ruedas de fortuna, pequeñas, girando vertiginosamente.  
Le elevaban sus aleros torcidos, en las mismas paginas. Aquellos ojos se eran los  
mismos del hombre que me vendiera la revista. Posteriormente. Había a un lado, en  
cuando echaba los ojos a los libros, a través de los cristales, pudo decirme y así decir  
nada. Había la vista y me sorprendió la cubierta para de encima, de un viejo ejem-  
plar colocado en el centro de la vidriera. De la había visto antes. De repente el  
fenecimiento del presente que me ajó sólo con las palabras y carnis de los segundos  
de las cosas por donde orna a diario.

Cuando miré movimiento, el ejemplar único, de pura curiosidad, vi un rótulo en  
lado. Veíanse "ejemplar único. Hay dos en el mundo." En aquel momento los ojos de  
Leaky, todo Leaky en los ojos, me indicaban el ejemplar único, mientras giraban los  
ojos color oro, como los ruedas de fortuna, pequeñas... Una miré cinco en cinco  
para comprender lo que decía los ojos, e lo que me había de decir. Tres años de di río  
cuando frente a ellos, no me había dado modo para descubrir a amigos. Por eso y por  
nada me había referido en ello. Pudo abastarse de la mirada a ellos, vendiendo  
entonces, cuando a ratos, tales se había alzado de mí. Me iba yo sola, frente  
a un par de ojos color oro, girando, con me ajó que sólo levo. ¿Había podido decirme  
desde dentro de la tienda, así a mí, que apenas había entrado una sola vez? No podía  
una instancia y se me ocurrió pensar que justo había visto aquel ejemplar único.

mirar con insistencia la pura curiosidad, si con la alva del terrible amigo. Aquellos  
ojos esperaban el compadre del ejemplar único, con vides, con afín confusión. En el  
oculto, el cuando noche de los que esperan. En el brillo de los ojos color oro, a  
cubrir la tragedia de Leaky, el antiguo brutal de una esposa, el americano casto

un coche. Acercaba al cliente, desde su viejo sillón, como un perro de presa, al grite del vendedor. Como la unidad de cion para cosas habrías, al levant r los pedes, en un atardeor. El ejemplar único domaa en el escaparote, desde cinco años atrás. Lasky lo puso en la vidriera una mañana, y se quedó tras él, para esperar al cliente; pretendía señalar, indicar con los ojos, a cuanto transcurso se detuviese en el escaparote. Y pensar que sus ojos eran los mismos que el hombre miró a los clientes, con gestos de asco y repulsión. La tragedia silenciosa y había re: de ojos en coche, solo ha estado, ni contaba nada. La tragedia de los ojos color oro, por af vida, no podía hacer, nada contaría. Fue formidable y silenciosa. Vivió core de cinco años, pero tuvo la fuerza de un coche de siglos. Acosó, en dante el hombre, el lujo, la vanidad, todo se encontró en. Acosó cambiando en los ojos; sus ojos a veces miradas deudas; otras, juntas de talibros dorados, espaldas en pesar a través del cristal; muchas veces, claves de oro, y no pocas, ruedas de fortuna doradas, girando, girando. Por las noches, en los sueños felices, soñaba ruedas de fortuna...

Supe el secreto de aquellos ojos y los escapotes y elair. Al ornital de la vidriera me enseñaba la tragedia del hombre que había, silenciosamente... Pensé en las hijas de Lasky, en sus falda de seda.... Pensé en su mujer, en los ditos aliguleros, en las mil tentaciones de Buenos Aires, cambiá nte como una vidriera de muchos colores. Pensé en la vanidad, en el lujo, en la moda, en las hijas de Lasky, bien vestidas.

Los esfuerzos que di había para detener a los curiosos, eran inútiles. De su enfermedad. Miraba como un loco, detrás de la vidriera, como una araña habitadora a la guerra de su cueva, viendo volar las moscas próximas a la araña. Cada momento era un posible escaparote; era, tal vez, el hombre que se llevaría aquel ejemplar único, mitad de su fortuna en libros.

Al momento del vendedor, cuando se a esperar el cliente, se largó o. Verlo pasar y comprender que el uso t a ofio, adquirir algo, significó el a ido de una deuda. Al momento horrible compréif aquell t rido.... Miré con Lasky, miré con sus diabólicos ojos color oro, pero tímame de su mal irremediable.

Forzaron y oír torres, sacó a aquellos que, abandonando la tragedia de sus ojos, me enseñaba a comprar libros en le de Lasky. Cuando miró, no compréif de esperar a las arañas, invitando al ruido de la s nora a pasar en la tela, y compréif, recordando, el sagrado escarabajo de un coche escapote. De de aquella tarde no puedo adquirir el ejemplar único, arreando de aquella vidriera, como a un árbol seco, en mitad de un camino polvoriento. Arrearon el libro de la vidriera como quit r el mal a Lasky, hacerlo solía una hora, día, por tal vez la vida de uno de sus hijos, ignorantes de la tragedia del coche.

Abía extirpar el mal del librero desgraciado, adquiriendo el ejemplar único. La sola idea de que con aquellos ojos color oro, Lasky podía hacer /ura de sus hijos a quienes no conocía— me enseñaba en mi obra benéfica....

Pero Lasky, el hombre del coche! rogaba a cada rato, aquella tarde de mi vida ocurrente, un entrar por el número atestado de una revista una página...

Cuando me llegó, Lasky había ganado en la vidriera, con sus ojos en coche. Al acostarse, la noche del descompartimiento del coche, estuvo hasta a dante, pensando en el coche de todos los hombres. El caso de Lasky no pareció un finico. Señalaba el terrible mal que aqueja a muchos hombres. A unos más que a otros, medible, pero a todos el coche ha de ir cuando poco a poco al escape, hasta el muerte. ¿Había he visto a alguien la unidad de un insubstancia que ofrece sus servicios gratuitos? La unidad del vendedor de barbijos? ¡Hay no se vende más nada! — he oído decir a uno de uno. Pero ellos, los que v gnan, distorsion la vista, con miradas y deformaciones por miles de acontecimientos calligeros. El coche de Lasky, lo a para asistir del escaparote de un ejemplar único, llegaba con enormes escapotes, aflo yo lo compréif. Para los ojos color oro, la vida del libro único era distribuí a la af. Para los ojos del librero en coche, ya se tenía fama, color ni t a nio, igual ejemplar de yada ediciones. Era una visión mit fantástica de un escaparote por, petulante dante onto sus ojos. Era como una zona acorral, en la playa de pedía, el cual con sus el a debía pulverizarla... El coche de Lasky era su apellido. A él a los curiosos, y se b n tr a ntonos, de la mañana a la noche. Unos granar des, ni mir b n su vidriera. Otros se detení a un segundo, pero nada entró a por el ejemplar único. Y rias bibliotecas ricas de otros portones, habían desolado el ejemplar único. Lasky cogió he el último pago. Imaginable estado de mil rubros. Al cabo del día eran muchos los posibles compr. Por otra parte, yo no ví jamás a ninguna persona entrar al escapar de la librería Lasky... Sabedor de la silenciosa y honda tragedia de un par de ojos color oro, y

de la Revista Nacional "FUGAS" Montevideo, Directores Pablo de Greccia - Jose Maria Bagnato. No. 40. Año VII. Octubre 1961.

Nota. Se mencionan al pie de la cuenta de que pertenecen a un libro titulado "Anonimo" no se cumplió pues el libro se editó sin este suceso. Hasta la fecha de esta copia 10 - XII - 1966 no se que

se haya publicado en otras revistas, diarios o lib.

... en los días subsiguientes, la aminorar el mal del pecho.  
Una tarde, a la vuelta de un misterioso libro, cuando por segunda vez el tendero de la tienda de libros... volvió vió los ojos de Leahy con una luz oscura. Los ojos de Leahy miraban los ojos, como dos ruedas de fortuna y no cambiaban el libro, la gran esperanza suya. Por qué parecían esos ojos, no sé ni de dónde o de dónde, aquella tarde entró a preguntar al dueño del libro.

Leahy se puso de pie. Luego dijo: — sus ojos — aquellos ojos — los ojos, en los momentos de un momento, aquellos ojos, aquellos ojos y aquellos ojos, aquellos ojos con libros en silencio. Los ojos Leahy y aquellos ojos, aquellos ojos — cuando lo dijo:

— ¿cómo pudo ser el ejemplo de ellos?

Los ojos color oro, sin pestañas ni ojos, habían estado, eran otros, "agora sí, pero guardó una tranquilidad de visita. Vi un libro de libros y libros en la tienda oscura, sobre de por los libros solamente; sobre oscura, libro, la misma cosa. Y los contactos:

— ¡Mil quinientos pesos, señor, mil quinientos...! — El dueño por segunda vez mil quinientos, los ojos color oro, pero con los ojos, los palabras del quinientos — ¡son los mismos ojos del hombre marchado sobre la depresión. También se cayó, esperando con ansiedad la respuesta. Los momentos a mi alrededor y entre las mismas. Libros, folletos, estanterías, no fueron anticipación, ni cambios de ellas. Dejé de por la mano de aquella sencillez de la tienda, del silencio profundo de Leahy, así también, pero a poco, lentamente volver un libro nacional.

— ¡Mírala — dije con seguridad y me lancé a la calle, perdiéndome entre las gentes, llevándome en los ojos, sobre ojos color oro, como dos ruedas y, en la calle, la misma que me ocupó hasta la cuarta estante.

A retornar no vió la vidriera. Me quedé muy bien de sobre con ella, pero sentí en el alma toda la tragedia de los ojos color oro. Me la conocía tan bien, que no había necesidad de verlos. Pensé a los momentos, se dejó a la derecha de los ojos a la vidriera, con un gesto de duda y preocupación. Los ojos me y otros por delante de sus ojos, sintiendo los el vos dentro, con el intento de él y pien sí. La honda tragedia y la vida de memoria. El hecho contó a la vida a la guerra de un alma, contemplando la maravillosa de su vida, lo conté, lo vió. Me volví sólo cogido a las bridas... aquella noche me dormí como en el pecho de Leahy y en una sencilla horizontal....

+ + +

... sobre los ojos. Seif de él a un caso de contrabando, y sin acordarse más de la expedición. El sueño me había estado la depresión del pecho. Cuando frente a la librería de Leahy y la hallé cerrada. Una tienda de libros y documentos cuando por mí cuando me detuve en la esquina, al lado de un banco. Gracias a él, la gente no me llevó por delante. Entré al sueño de la noche anterior. Seif vió a Leahy, tirado ante vidriera, con un libro sobre los hombros, debilitado doliente, loco. Vi los ojos miraban que miró una a una. Los ojos de Leahy se quedaron al exterior, al entrar al libro físico. Vi que miró como miró, con un suspiro, como la del padre de noche, sueño, sueño, sueño. De repente, de aquella visión ligera, de mi sueño, delirio, la librería, que ahora considero un sueño, sobre oscura, y en la puerta oscura, un estudio de él la noche anterior "Marchado por dentro". Fue para mí como un tal, una ligera de silencio los ojos. Los ojos color oro, los ojos del sueño, habían muerto!

¡Los ojos color oro en la vida, ventura de la vida de la esquina y sueño en mis dedos una vez de vida. No dije nada, ni de lo que me acordé que me acordé... Mirando la librería oscura, con los personajes de la vidriera, bajo, como un sueño profundo de la muerte, vi en la librería de Leahy la causa de la vida horizontal, a quien se dejó de quit a la vida física, por una mano de él a él. El hecho de él como el hecho: — ¡ahí, y seguí mi camino por la vida de siempre...!

Luigi B. Greccia

Impreso 1961 Buenos Aires, de un libro titulado "Marchado". No. copia de a a a